CAPÍTULO II.

Ataques más directos al Papado.

Preliminares.

- 270

Berg.

-

n

Belaus

13

340. Hay dos maneras de obrar, habemos dicho, en la lucha con la Santa Sede. Es la primera, sustraer cada pueblo á la jurisdiccion del Pontífice Romano; es la segunda, destruír el Papado mismo.

El primer método es más fácil de emplear, pero sus resultados se concretan á un pueblo en particular. El segundo exige un esfuerzo incomparablemente mayor; pero si la empresa es más difícil, serán los resultados universales.

Con promulgar una constitucion civil del clero, no se puede crear más que una iglesia nacional, y no se prepara la ruína de la fe católica sino en el seno de una sola nacion. Pero si se llegara á destruír el Papado, veríamos de una sola vez nacer en todas partes iglesias nacionales, últimos y frágiles amparos de la sacudida fe, tanto más débiles en sí mismas cuanto serian más numerosas, destinadas á facilitar el rápido paso á la impiedad y á la aniquilacion total del Cristianismo en todos los pueblos á un tiempo.

Es hora ya de pasar á estudiar esta segunda clase de ataques dirigidos al centro mismo y ciudadela de la Religion.

Artículo I .- Primer género de ataques.

I. Fin pro-

341. Dos caminos se ofrecen todavía.

¿No fuera posible, se preguntan algunos racionalistas, volver al Papado contra su institucion y emplearlo en la destruccion misma de la Iglesia? ¿No se podria crear junto á la persona del Papa un círculo de cardenales y prelados secretamente ganados para las «nuevas ideas,» y hasta comprometidos en las sectas masónicas? ¿Por qué no esperar tambien hacer subir á la Silla apostólica á un racionalista que, ya abiertamente, ya con hábiles contemplaciones, hiciera servir el poder pontificio para destruír el edificio sobrenatural en todo el mundo? ¡Qué éxito para el racionalismo, si algun dia un adepto suyo pudiera ser depositario de la autoridad universal en materia de fe!

Hé aquí la empresa que han soñado. Es menester, dicen, probar de realizarla: El Papado ha ejercido en todo tiempo una accion decisiva... Sin cesar halla adhesiones prontas para el martirio y el entusiasmo. Doquiera le place evocarlas, tiene amigos que mueren y otros que se despojan por él. Es una inmensa palanca... Lo que necesitariamos, pues, fuera un Papa segun nuestras necesidades. Con él, marcharíamos con más seguridad al asalto de la Iglesia que con los librejos de nuestros hermanos de Francia y el oro mismo de Inglaterra. No dudamos llegar á este supremo término de nuestros esfuerzos. Pero ¿cuándo? Pero ¿cómo? Todavía no se despeja la incógnita (1). Con el dedo meñique del sucesor de Pedro complicado en el complot, iremos todavía más lejos y más aprisa que con todas las insurrecciones del mundo.

342. El católico sonrie al oír este lenguaje. Pero, por más quimérica que sea la empresa á los ojos de quien tiene fe en las promesas de Jesucristo, ha podido parecer muy natural á aquellos espíritus que no creen ya en el divino orígen del Papado, y, aunque el buen sentido práctico haya bastado á preservar á la gran masa de nuestros contrarios de este sueño, se han hallado realmente

⁽¹⁾ Instruccion dirigida por los jefes superiores de la Carbonara á las Ventas principales. Citada por Crétineau-Joly.

sectarios que han hecho, de diferentes modos, por realizar este provecto.

100

100

-225

KL

11.1

No.

Wate.

DI

Marine Inches

131

II. Conatos 343. Allá en 1821, un miembro de los más hábiles de ejecucion.

1.º Primer de la Alta Venta recibió el encargo de hacer el ensayo por via de seduccion. Era un jóven v rico caballero romano, lleno de gracia y talento, capaz del disimulo más profundo; conocíanle en la secta con el nombre de Nubio. Habíanle encargado hacerse popular entre el clero y los seglares influyentes de la Ciudad eterna, introducirse entre los prelados, los miembros del Sacro Colegio y hasta cerca de la persona del Papa, y, á fuerza de destreza, paciencia é hipocresía, reclutar adeptos en las gradas del trono pontificio, inspirar á las Congregaciones romanas una marcha liberal y preparar el advenimiento de un Papa capaz de favorecer la causa del racionalismo.

El hábil sectario fué, en efecto, á Roma, y desplegó en el desempeño de su papel todos los recursos de su ingenio. Pero fué en vano. Algun tiempo después escribíale uno de sus cómplices: «Para matar con seguridad al viejo mundo, creímos que era preciso ahogar el gérmen católico y cristiano, y usted, con la osadía del genio, se ofreció para herir en la cabeza, con la honda de un nuevo David, al Goliat pontificio. Muy bien. Pero ¿cuándo va á herir usted? Tengo prisa de ver á las sociedades secretas batiéndose con esos cardenales del Espíritu Santo. ¡Pobres naturalezas ahiladas que no pueden sacarse jamás fuera del círculo en que los encerró la hipocresía ó la impotencia!»

El nuevo David, menos afortunado que el antiguo, hubo de responder tristemente: «Contamos con adeptos en todas las clases de la sociedad. Tenemos en favor nuestro á sacerdotes, tenemos á religiosos, tenemos á obispos. Sólo dos corporaciones hay en las cuales no hemos podido ganar á nadie: la de los hijos de Ignacio y la de los cardenales.»

Aquella absurda tentativa fracasó, pues, por completo: v hablamos aquí de ella sólo para hacer ver hasta qué grado de ilusion puede llegar el fanatismo de los sectarios.

344. Aquel primer conato no fué, pues, feliz. Pero no 2.º Otro cotardó la Revolucion en dirigir á otro lado sus ataques. nato.

Imaginaron reivindicar para el pueblo romano el pretendido antiguo derecho de elegir al Sumo Pontífice.

No hay necesidad de estar profundamente versado en la historia para saber que tal eleccion jamás correspondió verdaderamente al pueblo, aun cuando antiguamente se le hubiere admitido á manifestar sus deseos y dejar oír sus aclamaciones. Sino que desde el principio, la eleccion propiamente dicha correspondia al cuerpo sacerdotal ó presbiterio de la Iglesia de Roma: los miembros principales de este cuerpo tomaban en ella la parte principal, y el resto del clero manifestaba su adhesion á la obra de sus superiores por aclamacion ó por asentimiento tácito.

De esta suerte la Iglesia romana, es decir, el cuerpo sacerdotal en el que subsiste esta Iglesia como en su parte directiva, permanecia siendo la señora de la eleccion del Pontifice.

Hoy esta Iglesia conserva su antigua prerrogativa en la persona de los cardenales, á quienes se han ido transmitiendo sin interrupcion en el decurso de los tiempos los derechos del antiguo presbiterio. La sustancia de las cosas no ha cambiado; y si el pueblo no es testigo de la eleccion que se hace en el conclave, si sus aclamaciones no se dejan va oír sino cuando el nuevo Pontífice le da sus primeras bendiciones, no puede achacarse á un cambio tan insignificante de la disciplina, cambio por otra parte justo y provechoso, de haber llevado la perturbacion á la esencia del derecho y haber cambiado la naturaleza de la eleccion.

La intervencion del pueblo, en efecto, se limitó siempre á unos deseos que dejaban al verdadero elector, es decir, al presbiterio, la plenitud de su derecho y la decision integra, y á unas aclamaciones que, sobreviniendo á la eleccion ya hecha, no podian cambiarla en nada.

Tambien es éste el lugar de advertir nuevamente que el pueblo admitido á ser testigo de las elecciones eclesiásticas, no era el cuerpo electoral del sufragio universal moderno, sino la reunion de los cristianos fieles, dóciles á la autoridad de la Iglesia, y dignos de ser invitados por ella á manifestarle la expresion filial de sus legítimos deseos.

345. Quizás no ignoran estos hechos los sectarios; porque serian ellos los primeros en rechazar uu colegio de electores compuesto de los elementos de las antiguas reuniones eclesiásticas cuyo recuerdo invocan.

Pero saben tambien que el sufragio universal es hoy dia un arma que manejan á su gusto. De donde infieren que si la eleccion del Sumo Pontificado estuviere confiada al pueblo, podrian sin duda en un porvenir no lejano hacer subir á la Silla de San Pedro «á un Papa segun su corazon,» ó á lo menos envilecer esta grande y divina institucion, entregándola á las disputas de los partidos, á las pasiones de los hombres y á los públicos debates de las candidaturas, y descargar de esta suerte un golpe mortal en su autoridad moral sobre los pueblos.

Por esto trabajan en reivindicar para el pueblo la eleccion de la cabeza de la Iglesia. Para mejor ocultar sus intenciones y engañar á los sencillos, fingen no tener otra intencion que procurar el restablecimiento de la antigua disciplina.

Artículo II.—Segundo género de ataques.

346. Los ataques que acabamos de indicar tienen por preliminaobjeto seducir y dominar por secretas vias al Papado mismo. Hay otra clase de ataques que tienden á destruírlo entre ambas
con violencia. No son maniobras subterráneas que deban, sin saberlo nadie, introducir al enemigo hasta el
centro de la plaza; son asaltos á campo raso.

Hay que distinguir, sin embargo, en estos asaltos los que se dirigen á las defensas avanzadas y á los primeros baluartes de la Ciudad Santa, es decir, al poder temporal ó principado civil del Sumo Pontífice, de los que se dirigen al centro mismo de la plaza, es decir, al mismo poder espiritual.

347. En las actuales condiciones de las naciones, la I. Ataques cabeza universal de las conciencias no puede ser inde-civil, o poder pendiente, si no es soberano temporal. Jamás segura- temporal. 1.º Teoria. mente, decia Pio IX, es ni será completamente libre el Romano Pontífice, mientras se halle sujeto á otros dominadores en su capital. No hay para él otro destino posible en Roma que el de ser ó soberano ó cautivo; y nunca podrá haber paz, seguridad y tranquilidad para la Iglesia católica toda, mientras el ejercicio del supremo ministerio apostólico se hallare sujeto á las pasiones de los partidos, al capricho de los gobernantes, á las vicisitudes de las elecciones políticas, á los proyectos y actos de hombres arteros que sacrifican la justicia al interés (1). Reclamamos, dice á su vez Leon XIII, como necesario á la libertad é independencia de nuestro poder espiritual, el dominio temporal que nos fué arrebatado, y que, por tantos títulos y por una legitima posesion de más de diez siglos, pertenece á la Silla apostólica (2).

(1) Alocuc. consist. 12 Marzo 1877.

(2) Alocuc. de Leon XIII à los cardenales, 24 Diciembre 1881.

De la necesidad del poder temporal para el libre ejercicio del poder espiritual infieren los católicos que deben defender con todas sus fuerzas la soberanía temporal de su cabeza, á fin de mantener intacta su libertad en el gobierno de las conciencias.

Del mismo principio deducen los enemigos de la Iglesia una consecuencia enteramente opuesta: « Es preciso hacer caer la corona temporal de la cabeza del Pontifice, para romper más fácilmente las llaves en sus manos.

2.º Conatos de ejecucion.

348. Así que ¡cuántos esfuerzos de un siglo acá para I. Conatos destruir el principado civil del Pontífice romano! La primera vez invade á Roma la República francesa, y la segunda, el Imperio francés.

La ciudad eterna no habia visto al enemigo dentro de sus muros desde la invasion de las hordas luteranas, acaudilladas por el condestable de Borbon.

Por divina disposicion de la Providencia, aquellas usurpaciones no duraron mucho.

2. Tercer co-

1

349. Empero, como si los sectarios más prudentes se arrepintiesen de haber llevado á cabo con demasiada precipitacion una empresa de tamaña importancia, conciben y realizan desde 1820 á 1870 un vasto plan que, para los espíritus distraídos, parece no tener otro fin que el de crear la «nacionalidad» italiana, ó, segun el lenguaje convenido, de devolver á Italia «la unidad» y «la libertad;» pero que en realidad tendrá por resultado final hacer bajar al Papa de su trono.

a. Preparacion del dra-

350. No vamos á referir detalladamente esta obra maestra de la hipocresía y del odio de los sectarios. Gracias á los manejos de dos instituciones masónicas muy activas, la de los Carbonarios y la de la Jóven Italia, se vió poco á poco nacer y propagarse entre los italianos, ó mejor, entre la clase media y las personas letradas de Italia, una inmensa manía por la abstraccion sin realidad

histórica que apellidaban la nacion italiana, y un odio ciego al «extranjero,» designando con este nombre á la católica Austria. Todos cuantos en los pasados siglos habian amado á Italia y peleado por su independencia, eran, sobre todo aquellos que no habian sido papas ni obispos, transformados en héroes y se los convertia en ídolos. Parecia que se lamentaban de las injusticias universales de que era víctima Italia. En las escuelas se contaba quiénes eran los historiadores, geógrafos y viajeros extranjeros que habian hablado mal de esta region. Los profesores de historia á menudo parecian no estar ocupados en sus lecciones, sino en hacer notar á los alumnos las desgracias de Italia en los pasados siglos, y en declamar contra la falta de unidad nacional, orígen de todas las calamidades de la patria. «Si Italia fué tan frecuentemente invadida, es por haber estado siempre fraccionada en muchos Estados. Si en el dia no es aún temida de los extranjeros, si además es poco respetada fuera, es porque no es una. » Luego, «la unidad de Italia, hé aguí el remedio de todos los males.»

Tal era el grito que se escapaba de los labios, así del niño que iba á la escuela, como del hombre de edad madura que se ocupaba en los negocios públicos; así del ciudadano racionalista, como del católico más piadoso, á veces hasta del religioso y del obispo. Las voces de Europa respondian á este grito desde todas partes, y parecia que todos los pueblos se unian con el italiano en un mismo deseo de la «unidad» y «libertad» de Italia.

Embargados de las nuevas aspiraciones, aplaudidos por el extranjero, todas aquellas pequeñas naciones de Italia, hasta entonces tan dichosas y tranquilas, bajo el gobierno de sus bondadosos principes, clamaban por sacudir el yugo de su prosperidad, semejante al hijo pródigo que, cansado de la abundancia y de la apacible vida de la casa paterna, ambiciona correr los riesgos de una vida aventurera.

b. Los ejecutores del complot.

351. Por otra parte, los que debian realizar el complot se hallaban ya dispuestos.

El rey Carlos Alberto, después de haber prestado la espada á las intentonas de la Revolucion, y asociado el misticismo de su alma á los sueños de la unidad italiana, habia dejado el trono y la herencia de su ambicion, ó, mejor dicho, de su sujecion á las sociedades secretas, á su hijo, jóven príncipe preparado por las flaquezas de su vida privada y por su ambicion para servirles de dócil instrumento.

A veces la fe cristiana despertaba en él remordimientos, y le hacia titubear. Mas pronto cedia de nuevo; y para trabajar por «la libertad y unidad de Italia,» que por de pronto habia de hacerle rey de toda la Península, no retrocedia ante las traiciones, los perjurios y la violacion del derecho de gentes.

El Emperador de los franceses, segun los indicios más probables, habia en otro tiempo formado parte de las sociedades secretas italianas, y habia contraído compromisos con las mismas. Apoyado por el partido conservador y los católicos de Francia, habia parecido al principio que se hallaba resuelto á tenerlos muy poco en cuenta.

No obstante, la guerra de Crimea, gracias á su influencia, habia permitido al Piamonte entrar, con pretexto de la débil cooperacion de su alianza, en el Congreso de las Potencias, y exponer allí los pretendidos agravios de Italia.

c. El drama mismo.

-27

Person.

Itta

Marine .

352. Pero todo esto no era más que un preludio cuyo alcance nadie comprendió al principio.

Pronto las tentativas y amenazas de asesinato recordaron al Jefe de Francia los compromisos del antiguo conspirador, que parecia y creía quizás haberse convertido. De estas maquinaciones salió la guerra de Italia. El Emperador, retenido por las repugnancias y protestas

del partido conservador, y las reclamaciones de su conciencia, creyó poder apaciguar á la Revolucion con una primera concesion. Hizo la paz de Villafranca. Mas pronto se vió que iria siempre cediendo. Los tronos italianos fueron sucesivamente volcados por la traicion, y violentamente usurpados en plena paz por el príncipe piamontés.

Los Estados romanos habian sufrido una primera invasion, y el Sumo Pontífice vió, sin sombra de pretexto, ocupar las Romanías, y pronto, merced al odioso asesinato de Castelfidardo, toda la Marca de Ancona. El Emperador de los franceses se contentaba con vanas protestas; y después de haber prometido apoyar á la Santa Sede, evadia, con un viaje á Argel, la responsabilidad de unos acontecimientos que no podian realizarse sin el asentimiento arrancado á su debilidad ó complicidad.

Los demás Estados romanos fueron conservados durante algun tiempo por la energía con que el partido conservador impuso la resistencia al Gobierno francés; y la Revolucion, fácilmente vencida en Mentana, hubo de aguardar, con la explosion de la lamentable guerra de 1870, la retirada de las tropas francesas, triste prenuncio ó mejor última señal de las desgracias y castigos de nuestra patria. Al punto Italia, con desprecio de sus recientes y solemnes compromisos, á la sazon que, siempre hipócrita, se ofrecia su Gobierno á reemplazar al ejército francés para proteger el último resto del poder temporal del Sumo Pontífice, se arrojó sobre Roma y, por la brecha de la Puerta Pia, dió fin á aquella larga serie de conquistas sin gloria, fruto de la mentira, de la traicion y del desprecio de toda justicia.

353. Sin embargo, el mundo entero se hallaba agitado por aquellos acontecimientos, y, en medio de la universal conturbacion, sentíase que los más graves in-

-41

- We'te

1

Me man

tereses de la humanidad estaban encadenados á la suerte de aquel débil Estado italiano. Por una parte, los sectarios de todos los países procuraban ahogar con el ruído de sus clamores en la tribuna y en la prensa las reclamaciones de la conciencia pública y las protestas de los católicos; y se esforzaban en falsear la opinion, ó cuando menos, imponerle silencio con la cómoda doctrina de «los hechos consumados.» Por su parte, los católicos de ambos mundos llevaban hasta el ardor del martirio su adhesion á la más santa de las causas; y, abandonados por la política de los príncipes, vertian por ella su más pura sangre.

354. Empero, se consumó por fin la iniquidad. Italia lleva el peso de su unidad y de su pretendida libertad. Roma es la capital del nuevo reino; y el Vaticano, postrer y equivoco resto de la soberania pontificia, no conserva para el Papa las apariencias de trono y de corona, sino para servirle de cárcel de un modo más seguro.

Sin embargo, toda clase de intereses vienen comprometidos en el nuevo estado de cosas. Parece que algunos príncipes se duelen de que haya sido derribado el trono más antiguo y respetable de Europa; mas al tratarse de tomar una determinación para levantarlo de nuevo, palidecen y retroceden.

Los sectarios aplauden el triunfo alcanzado.

Oh Cristo Rey! apelamos á vuestro tribunal de la violencia, de la mentira y de la iniquidad. Los príncipes de la tierra dejan abandonada una causa que es la vuestra; pero Vos solo la haréis triunfar. Ved la humillacion de Sion y la insolencia de vuestros enemigos, y no permitais que vuestra herencia sea por siempre hollada por los profanadores del templo (1).

355. La destruccion del principado civil no es otra

II. Ataques al poder espi-ritual.

(1) Ps. xxi, 21, 22.

cosa, segun la mente de los sectarios, que un medio encaminado á la ruína del poder espiritual.

El verdadero objeto de las sectas, decia Leon XIII á muchos millares de peregrinos de Italia, es herir á la Iglesia y á su cabeza: por esto quieren quitar á la Silla apostólica este dominio temporal que constituye la tutela de su libertad y la única garantía no ilusoria de su independencia (1).

La invasion de los Estados de la Iglesia produce el efecto inevitable de alarmar las conciencias católicas. Pues «¿qué libertad religiosa nos queda, si el rey de nuestras conciencias se halla bajo la dependencia de un principe de la tierra?» A fin de debilitar el efecto que pueden producir las quejas de los católicos, se muestran solícitos en prometer y áun sancionar garantías para el libre ejercicio del poder espiritual. Así obró Napoleon I á principios de este siglo; así, en 1848, la esimera República romana de Mazzini; así, en 1870, el Gobierno de Victor Manuel.

Pero «al Estado no le ligan las gracias que concede;» «lo que del Estado depende en su origen, depende de él en su duracion;» «otorgadas por ley del Estado, pueden las garantías ser modificadas y retiradas por leyes posteriores.»

Los sectarios, en efecto, se prometen restringir poco á poco estas pretendidas garantías, y reducir al Papa á la condicion del último obispo, sometido al derecho comun del reino, ó mejor, al estado de simple súbdito plenamente dependiente, como todos los otros, del Gobierno del Estado.

De esta suerte, se lisonjean los enemigos de la Iglesia de ver surgir sin tardanza las dos siguientes alternativas: ó los católicos de todo el mundo se desprende-

(1) Discurso de Leon XIII, 7 Octubre 1883.